

Reflexiones sobre los riesgos de una educación orientada por la evaluación

María Elena Lora F.*

En su libro *El ojo absoluto*, Gérard Wajcman denuncia la omnipresencia de la mirada y el franqueamiento de la realidad hacia el real que ella constituye. La desaparición del velo del pudor es una de las consecuencias de la ideología de la transparencia propia del mundo hipermoderno, y destruye, al mismo tiempo, toda posibilidad de elisión del objeto-mirada, de la dimensión “fuera del campo”.

Esta mutación sin precedentes en la historia de los hombres halla su consecuencia en la promesa de ver todo, pues cambia la naturaleza del deseo de ver voluntariamente, convirtiéndose más bien en una ley, en una exigencia de visibilidad que ha creado una especie de multinacional de la mirada. Entonces, si todo es visible, desaparece el “fuera del campo”, por lo cual el campo de lo visible queda anulado. Sobre el mundo hay un ojo sin párpado que Wajcman denominó el ojo absoluto.

Hoy día existe una alianza entre este ojo absoluto y el “hombre sin secretos” que adopta múltiples formas y para ello se sirve de toda una variedad de nuevos medios tecnológicos que hacen de bases de datos: cámaras en las calles, registros virtuales, *clouds*. Así, a partir de estas novedades tecnológicas, se desarrollan programas que en nombre de la seguridad, de la buena gestión, recrean del panóptico de Bentham.

Esta alianza conduce a una práctica que es el nuevo ideal de un saber total y la observamos actualmente, de manera globalizada, en el fenómeno de las evaluaciones generalizadas, de la cuantificación general, como si fuera algo esencial, de todo lo que es humano. De este modo, el discurso de la evaluación inunda la actividad de nuestra vida cotidiana, casi imperceptiblemente, desde

* Universidad Católica Boliviana. Contacto: mlora@ucb.edu.bo

los dispositivos empleados para calcular la salud, la educación, el trabajo, el arte, la cultura, la política.

Una institución educativa como la universidad no está libre de este empuje, donde lo calculable, la medida, la cifra, se imponen como los ideales de eficacia, de eficiencia, de éxito y de transparencia, sin vislumbrar el silenciamiento a que éstos someten a los sujetos. Esta ideología de la evaluación, que se presenta bajo una supuesta neutralidad, ataca y elimina con ferocidad todo signo de aparición de la dimensión subjetiva. Es la utopía totalitaria de querer sustituir las palabras por los números, creyendo que los números no mienten –verdad de Perogrullo– pero tampoco enuncian nada acerca del vivir del ser humano.

Al evaluar de esta manera, se simplifica al ser humano a las meras características evaluadas, por lo que la subjetividad se desvanece, se diluye. Todo esto forma parte de la obsesión de lograr una cultura regida por la homogeneización, la regulación y la estandarización de los individuos. Desde esta perspectiva, las instituciones educativas serían los ámbitos donde aprendemos a obedecer, serían una especie de fábrica de ciudadanos en serie, serían las productoras de las llamadas “servidumbres voluntarias”.

¿Cómo es posible que la institución educativa, entendida como una conquista democrática, con una función liberadora a través del conocimiento, se comporte a la vez como una institución en ejercicio de evaluación, de control? Estamos advertidos de que en las instituciones, el ejercicio administrativo, las prácticas de gestión, la pesadez del control informático y estadístico, se imponen y las atraviesan. En principio, parecería que con esto se trata de evaluar a las instituciones o a ciertos grupos; pero en realidad son los individuos los que son evaluados, y el resultado de este proceso es una población “marcada” por la comparación con otros grupos de referencia, que determinan las agencias de evaluación.

Este tipo de comparación siempre implica un saldo negativo, pues, desde la clínica y desde la pedagogía, sabemos que cada vez que a un sujeto se lo compara con otro sale perdiendo, en el entendido de que el discurso y el accionar evaluador dejan de lado lo incomparable de cada uno, condenándolo a formar parte de una masa anónima.

Por otra parte, para aquellas personas que no quieren pertenecer al sistema de evaluados, al régimen del mercado, existe el premio que consiste en ser expulsados de él. Así, la evaluación nos colocaría entre la espada y la pared, siendo que la elección no es libre y más bien se opta por lo menos malo: la sumisión, el aceptar que la vía de la libertad es la del sacrificio. Ante esta

elección forzada, una salida es la exigencia de acumular títulos y credenciales como forma de reconocimiento de la identidad y como forma de inclusión en la sociedad a partir de la certificación que otorga el discurso de la evaluación. En esta misma perspectiva, se obsequia otro premio: la meritocracia, el reconocimiento y la visibilidad social; sin embargo, este premio tiene un precio muy elevado, que no es otro que perder la libertad y la subjetividad en tanto esencia del ser humano.

Visto así este fenómeno, el poder de la evaluación es tiránico, porque lo que en esencia pretende es conseguir el sometimiento y la servidumbre de la vida del sujeto al otro. Étienne de La Boétie, en su texto *El discurso de la servidumbre voluntaria*, analiza las razones de la obediencia y la sumisión, y señala: “Si un tirano es un solo hombre y sus súbditos son muchos, ¿por qué consienten ellos su propia esclavitud?”, llegando a la conclusión de que la tiranía es “derrotada de manera automática cuando los individuos rehúsan a consentir su propia esclavitud”. Esto permite entender la docilidad con la que los individuos aceptan este tipo de intrusiones que los llevan a la impotencia, al rechazo de sí mismos, a un empuje destructivo, en tanto se consideran menos que otros, o al exitismo vía las adicciones.

Si el sistema imperante en la época actual tiene el objetivo no solo de evaluar y clasificar a las personas, sino sobre todo de conseguir el silenciamiento, para que los sujetos renuncien a “aquello singular” que en ningún ser humano puede ser evaluado, porque es único, incomparable, no cifrable, entonces es necesario pensar las siguientes preguntas: ¿cómo hacer para no caer en esta eliminación de la subjetividad como condición de la existencia humana?, ¿cómo posibilitar la creación, la construcción y la producción de un saber propio?, ¿cómo lograr que la institución educativa funcione como un lugar sin estándares pero no sin principios?

Se trata de convocar a que una institución educativa como la universidad pueda estar a la altura de la época y que haga frente a un régimen de evaluación que amenaza con cerrar las puertas a cualquier manifestación de la singularidad de los seres humanos.

Referencias

1. Bentham, Jeremy. *El panóptico*. España: Ed. Circulo de Bellas Artes, 2011.
2. La Boétie, Étienne de. *El discurso de la servidumbre voluntaria*. Argentina: Ed. La Plata, 2008.
3. Wajcman, Gérard. *El ojo absoluto*. Buenos Aires, Argentina: Ed. Manantial, 2011..